

de los jacobinos; por otra, la encarnizada guerra que los representantes comisionados en el Oeste hacían al ministro Bouchotte y á sus funcionarios hebertistas, y que alcanzaba á Robespierre y al Comité de Salvación Pública, por haber sostenido en su puesto al ministro y á los incapaces y funestos generales. Dantón dirigía sus esfuerzos á separar la causa del ministro de la del Comité; pero sus amigos no le seguían, incapacitados de oír la voz de la prudencia en medio de los rugidos de la pasión.

La tempestad estalló en la siguiente sesión de los jacobinos, el siete de Enero. Tres veces se llamó á los acusados; nadie respondió. «Pues bien, dijo Robespierre; citadlos delante del tribunal de la opinión pública; ella juzgará.» En aquel instante se presenta Camilo. Las explicaciones que dió acerca de sus relaciones con Philippeaux no satisficieron; el público se mostraba en actitud expectante y algún tanto hostil. Robespierre salió de nuevo á su defensa. «Camilo, dijo con cierta ironía y con un tono seco que debió irritar profundamente al impresionable defendido, Camilo era un niño mimado; tenía felices disposiciones; las malas compañías le han apartado del buen camino. Propongo que se quemen los números, que ni el mismo Brissot bubiese firmado, y que se conserve su persona entre nosotros.» Camilo no comprendió quizás la intencionada táctica de Robespierre, y contestó airado: «Está muy bien, Robespierre; pero yo te responderé como Rousseau: *Quemar no es responder.*» A su vez Robespierre, de epidermis muy excitable, se enfurece por aquella salida de tono de su amigo en el momento de tenderle la mano, y replica: «¿Cómo te atreves todavía á justificar obras que son la delicia de la aristocracia? Advierte, Camilo, que, si tú no fueses Camilo, no se podría tener tanta indulgencia contigo. La manera con que pretendes justificarte me prueba que tus intenciones eran malas.»—«Pero, Robespierre, insiste Camilo, no te comprendo. ¿Cómo puedes decir que solamente la aristocracia lee mis hojas? ¿Son, acaso, aristócratas la Convención y la Montaña! Y en cuanto á mis intenciones, ¿no las conocías tú? ¿No he estado en tu casa? ¿No te he leído mis números, conjurándote, en nombre de la amistad, á ilustrarme con tu consejo y señalarme el camino que debía seguir?»—«Yo no he leído más que uno ó dos; los otros he rehusado leerlos.»—Entonces intervino Dantón: «Camilo no debe disgustarse por las lecciones un poco severas que la amistad de Robespierre acaba de darle. Ciudadanos, que la justicia y la serenidad presidan siempre en vuestras decisiones. Guardáos, al juzgar á Camilo, de descargar funesto golpe sobre la libertad de la prensa.»—Se procedió á leer los números. Al día siguiente, Robespierre hizo suspender la lectura é insultó de nuevo á Camilo y á Hebert; pero evitó que el primero fuese expulsado de la sociedad. No por virtud, sino para dirigir sus tiros contra otro enemigo de mayor cuantía y que odiaba con odio implacable, mortal.

Era éste Fabre d'Eglantine, á quien Robespierre miraba como el inspirador de Philippeaux y de los demás adversarios del Comité, como el agitador principal de todo lo que

se fraguaba en la Convención contra su influencia. Ya en los jacobinos había arremetido ferozmente contra él, y no paró hasta lograr del Comité de Seguridad general la orden de arresto que fué ejecutada en la noche del doce de Enero, como cómplice de otros tres diputados encarcelados hacía dos meses: el ex-capuchino Chabot, Barere y Delaunai, acusados de haber falsificado por dinero un decreto relativo á la liquidación de la antigua Compañía de Indias. ¡A qué extremo conducen las pasiones! El Comité de Seguridad general tenía en sus manos, en el instante mismo de ordenar el arresto de Fabre, las pruebas de su inocencia. Con la notable circunstancia de que los individuos del Comité que dirigieron este negocio fueron Amar, Vadier y Voulland, antiguos constitucionales y moderados, que se creían por esto obligados á dar lecciones de crueldad á los más rabiosos jacobinos, sirviendo á cierra ojos los odios de Robespierre y de Villaud-Varennes. Dantón pidió que se permitiese á Fabre y á sus acusados defenderse en la Convención; pero Vadier protestó de ello: «Se acabó la inviolabilidad. El diputado de que se trata es el principal agente de Pitt; tenía en sus manos los hilos de la trama urdida contra la libertad.» ¡Y el hombre que de esta suerte hablaba, sabía que Fabre era inocente! Y no se diga en descargo que se perseguía al enemigo político, porque ¿de cuando acá es lícito manchar por diferencias políticas la reputación de un hombre honrado condenándole por un falso delito? Villaud-Varennes acudió con furor en apoyo de Vadier: «Desgraciado, gritó, del que se ha sentado al lado de Fabre d'Eglantine y que sigue creyéndole inocente!» Este párrafo iba derecho contra Dantón. Ocioso es decir que la proposición de éste no fué votada, ni Fabre admitido á defenderse delante de la Convención. Robespierre hería á derecha y á izquierda. Había en los cuarteles del centro de París un grupo de agitadores, no corrompidos, como los hebertistas, pero más fanáticos que éstos, que propagaban ideas comunistas. Robespierre les hirió en la cabeza, que lo era un ex-sacerdote llamado Jaime Roux, á quien hizo prender, por orden del Comité de Seguridad general. Siguiendo el procedimiento aplicado á Fabre, se le acusó falsamente de robo; el acusado se suicidó en la cárcel. Su muerte, si libró á Robespierre de un hombre que creía peligroso, le suscitó enemigos irreconciliables.

Entre los moderados y los exaltados, Robespierre maquinaba dar primero contra los segundos, y para no ser tildado de clemente, creyeron necesario él y sus amigos mostrarse ahora más revolucionarios que nunca. A este efecto, Couthon hizo decretar por la Convención una fiesta anual—¡triste fiesta una fiesta de la muerte!—para conmemorar el aniversario del veintiuno de Enero; Robespierre se expresó en los jacobinos, el veintiocho de Enero, favorablemente á la inocencia de Vincent y de Ronsin, y por gestiones suyas, el Comité de Seguridad general propuso, el dos de Febrero, la libertad de aquellos dos jefes hebertistas, más peligrosos por su energía que Hebert, pero á quienes no se podía castigar sin comprometer á Collot d'Herbois. Promoviése con este motivo en la Convención dis-

cusión acalorada, en la que intervino Dantón como pacificador, aprobando la excarcelación de Vicent y de Ronsin y defendiendo una vez más á Fabre d'Eglantine. Pero Dantón se cansaba en vano. No marchaban las cosas por el camino de la pacificación en que él soñaba. El terror dentro y la guerra sin cuartel fuera, he aquí lo que Robespierre y los comités proclamaban ahora. En una brillante relación sobre los trabajos militares y el prodigioso armamento de Francia, Barere trató de inspirar en la Convención y en el pueblo desconfianza sobre las proposiciones de tregua «que pudiesen venir del enemigo.»—«¡Negociadores! ¡Tenemos cien mil en el ejército del Norte y cien mil en el Rhin, sin contar los de los demás ejércitos! Hé aquí nuestra diplomacia». En los jacobinos, mientras que el enérgico Saint André, que acababa de reorganizar la marina contra Inglaterra, trataba de evitar todo lo que pudiese lastimar al pueblo inglés, Robespierre no admitía que se distinguiese al pueblo del gobierno mientras fuese el primero cómplice del segundo, y declaraba odio eterno á la nación inglesa. ¡Buen modo de ayudar al partido de la paz en Inglaterra! En medio de estas tempestades y presentimientos de próximas catástrofes, consuela el que la Convención adoptase medidas acertadas para el fomento de la instrucción pública y aboliese la esclavitud de las colonias.

El cinco de Febrero, Robespierre leyó á la Convención, sobre los principios de moral política que debían guiarla en la administración interior de la República, elocuente manifiesto, mas sobrio y menos declamatorio que de ordinario. Los principios son verdaderos y elevados, los propios de la República democrática. Establece que la virtud es el fundamento de la democracia. «Queremos sustituir en nuestro país la moral al egoismo, la probidad al honor, los principios á los usos, los deberes á las comodidades, el imperio de la razón á la tiranía de la moda, el menosprecio del vicio al menosprecio de la desgracia, la altivez á la insolencia, la grandeza de alma á la vanidad, el amor de la gloria al amor del dinero, las personas honradas á la divertida tertulia, el mérito á la intriga, el genio al discreto, la verdad á la ostentación, el encanto de la dicha al fastidio del placer, la grandeza del hombre á la pequeñez de los grandes, un pueblo magnánimo, poderoso y feliz á un pueblo ligero, frívolo y miserable, esto es, todas las virtudes y todos los milagros de la República á todos los vicios y todas las ridiculeces de la monarquía.» Sin que por esto se entienda que Robespierre tratase de fundar una nueva Esparta, una República sin riqueza, sin comercio y sin artes. Esta teoría es, en verdad, excelente; no así la conclusión práctica, en la que afirma la necesidad de asociar, mientras se esté en revolución, el terror á la virtud. ¿Y qué importa que defina el terror «la justicia pronta é inflexible», si á continuación añade que «el gobierno de la Revolución es el despotismo de la libertad contra la tiranía», que «la protección social solamente se debe á los ciudadanos pacíficos», y que «no hay en la República más ciudadanos que los republicanos?» Declaraciones tanto más graves en boca de Robespierre, cuanto que sólo reconocía como republicanos á los que enten-

CAPITULO ALFONSO  
MUSEO DE LA CIUDAD



CAMILO DESMOULINS.—«Edamius et vilianus: eras enim moriomus»

lit. Felipe G. Roa y Nieto

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA  
MUSEO

dían la República exactamente como él. Quéjase de la debilidad con que se persigue á los enemigos de la República; vuelve á su tema contra los indulgentes y los exaltados, de cuyos jefes dice que «trabajan por la causa de los reyes ó de la aristocracia», y concluye por violentas alusiones á Cloutz y á Fabre, á este último especialmente, al que presenta como inventor de un sistema de desorganización de la Convención y del Gobierno. Al día siguiente, el mismo Robespierre defendió en los jacobinos á los centralistas de la Convención contra los hebertistas, y al tiempo que de esta suerte protegía al Centro, para ganárselo á su causa, amenazaba á los dos grupos extremos de la Montaña, el moderado y el exaltado, en una relación que había leído al Comité de Salvación Pública y en tales términos concebida, que el Comité, asustado, aplazó el aprobarla. Desatinado, ciego, furioso, vertía en ella todo su rencor en terribles é injustas acusaciones contra Merlin de Thionville, Dubois Crance y otros representantes, precisamente los que en las comisiones habían servido mejor á la República. Aunque la relación no había salido del Comité, todo el mundo se enteró de su contenido, y los hebertistas se removían furiosos, y los dantonistas se agitaban inquietos, y el mismo Robespierre sentíase intranquilo por la alarma que inspiraba. Como en respuesta á la tremenda relación inédita, apareció el número siete de *El Viejo Cordelero*, que quedó inédito también y que también trascendió al público.

Desde que había roto con Robespierre, Camilo estaba triste, presa su alma de funebres presentimientos. Hablaba poco, y las pocas palabras que dejaba escapar versaban sobre las condenas del Tribunal revolucionario, sobre el género de suplicio infligido á los condenados y sobre la manera más noble ó decente de prepararse á él y soportarlo. Estaba cansado; sentíase perdido, y sentía, lo que era peor, que su ruina alcanzaba á todos los suyos. No menos sufría su mujer, aquella vivaracha y graciosa Lucila, tan ensalzada en las Memorias del tiempo, y nacida más para encantar á una sociedad literata y tranquila, como la del siglo diez y ocho, que para mezclarse en las tempestades de la Revolución. «Soy demasiado débil, lo confieso, decía en una de sus cartas á Freron, para soportar espectáculo tan triste. La vida se me hace pesada carga. No sé ya pensar. ¡Pensar, dicha tan pura, tan dulce! ¡Oh! me veo privada de ella... Mis ojos se llenan de lágrimas. Escondo en mi corazón este dolor horrible; muestro á Camilo la frente serena; aparento valor para que él no pierda el suyo.» Exactísimo. Una mañana almorzaba con Camilo uno de sus amigos, valiente oficial, que fué luego el mariscal Brun, el cual había ido á verle para conjurarle á que guardase cierta moderación para no perderse. Camilo, por un cambio frecuente en las naturalezas nerviosas, hallábase tranquilo, animado; y contestó á su amigo con delicados chistes y nobles pensamientos. Presente estaba Lucila, la cual se arrojó al cuello de su marido mientras decía á Bruno: «¡Dejadle hacer! ¡dejadle cumplir su deber! ¡salvará á su país!» Camilo abrazó á su pequeñuelo, y dijo en latín á Bruno, para que no le entendiese Lucila: «*Edamus et bibamus; cras enim moriemur*». Co-